CAPITULO



la historia de la literatura argentina

36

Fernández Moreno: el sencillismo



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

36. Fernández Moreno:

Este fascículo ha sido preparado por Nora Dottori y Jorge Lafforgue, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de America Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolto Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 37:

REALISMO TRADICIONAL: NARRATIVA URBANA

- LA NOVELA ARGENTINA DE 1910 A 1920
- LA LITERATURA DE LA CIUDAD
- MANUEL GALVEZ: INICIACION LITERARIA
- EL PERIODO CONSAGRATORIO
- LA NOVELAS DE GALVEZ
- NACIONALISMO CASTIZO

y junto con el fascículo, el libro NACHA REGULES, de Manuel Gálvez

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación y de la Biblioteca Nacional.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fernández Moreno: El sencillismo

Entre el primer centenario y el ascenso al poder en 1916 de una nueva fuerza política —el irigoyenismo—cambiós de tipo social, cultural y económico sacuden las formas tradicionales de la vida argentina. Huelgas, manifestaciones obreras, movimientos campesinos, como el famoso "Grito de Alcorta", dan la tónica de una realidad que no parece ya cómoda en los esquemas típicos de la generación del 80. A la euforia finisecular, exaltada, plena de actitudes rebeldes, sucede un período de sosiego y cautela, de reacomodamiento.

La fiebre del oro ha llegado a su término y es necesario contabilizar pérdidas y ganancias. Se busca una salida, y se la esboza: se ha confundido la prosperidad material con la Prosperidad misma, se ha olvidado al Espíritu. Comienza entonces, más allá de "las ásperas realidades ambientes", la lenta recuperación del "alma nacional". La literatura insinúa ya el registro de estas nuevas tendencias.

En el plano literario y del pensamiento en general, el positivismo -naturalismo y realismo en su traducción artística- y el modernismo, ceden paso a actitudes menos rimbombantes, más medidas. Es que, según escribe Ricardo Rojas en La restauración nacionalista (1909), "todos, absortos ante el desarrollo material, que al par colmaba nuestros orgullos o acallaba con sus rumores cualquier protesta, han sentido rodar en la sombra, desde hace varios lustros, las cosas que constituían el alma argentina, de tal suerte que hoy se plantea para algunos espíritus un verdadero problema de restauración nacional".

Y Manuel Gálvez, olvidados ya sus juveniles devaneos anarquistas y vuelto a la fe católica, confiesa similares búsquedas en El diario de Gabriel Quiroga; mientras Enrique Banchs se queja de "este tiempo ingrato de los positivismos", a la vez que Emilio Becher (1882-1921) y Alberto Gerchunoff participan y proclaman desde La Nación iguales inquietudes. Hasta

el propio Lugones atempera notablemente sus estruendosos versos modernistas, y la elocuencia con que se iniciara es mitigada en el clasicismo de sus *Odas seculares*, para terminar de esfumarse en los *Romances del Río Seco*.

Apartado del socialismo, no confiando en la democracia liberal, decepcionado tal vez de la vacilante adhesión fascista de algunos militares, Lugones se pega un tiro en 1938. Pero no todos tienen la pasión verbal y el empuje -si a veces mecánico, innegable- de Lugones. La generación más joven, la justamente llamada del Centenario, aunque lo admire, como admira también sin retaceos a Rubén Darío, no siente ya la misma seguridad de sus maestros para transitar la historia. Y en general se repliega, baja la voz, se procura asideros. No en vano Rojas escribe su Historia de la literatura argentina, la revista Nosotros certifica el movimiento intelectual del país, y pocos años después se fundan sociedades y academias de Letras. En la lírica nos hallamos frente a diversas manifestaciones de lo que, con Federico de Onís, podemos llamar "modernismo refrenado". El bagaje común de los poetas que surgen alrededor de 1910 es la renovación técnica y temática impuesta por el modernismo

Así, en lo formal, ellos admiten los mejores logros del movimiento y suelen emplearlos; pero sin realizar, a su vez, nuevos aportes, e incluso procurando un regreso a moldes anteriores. Actitud en consonancia con ciertas "peregrinaciones del alma" que entonces se producen (Rafael Alberto Arrieta: Alma y momento; Arturo Capdevila: Jardines solos, y Arturo Marasso: Bajo los astros) y que parecieran seguir el consejo de Banchs en Las barcas: Apártate de la vía/Y sumérgete en ti mismo / Porque eres el rico abismo / De toda sabiduría.

Todo este clima envuelve, define, y hasta parece explicar la obra de Bal-



Fernández Moreno en 1919, en la puerta de Caras y Caretas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

www.ahira.com.ar

Poesía argentina: 1907-1922

El siguiente cuadro de la producción poética argentina abarca desde las últimas manifestaciones modernistas —prolongaciones lánguidas o salidas de reflujo— hasta las primeras muestras ultraístas —las más dogmáticas—, permitiendo apreciar la función reacondicionadora y de puente que cumplen los integrantes de la generación del Centenario.

1907 — Banchs, Enrique: 1908 — Carriego, Evaristo: 1909 — Lugones, Leopoldo: Banchs, Enrique:

Gálvez, Manuel: 1910 — Lugones, Leopoldo: Méndez, Evar: Lascano Tegui, Emilio: Amador, Fernán Félix de:

Arrieta, Rafael Alberto:
1911 — Rojas, Ricardo:
Banchs, Enrique:
Capdevila, Arturo:
Marasso, Arturo:

1912 – Lugones, Leopoldo: Arrieta, Rafael Alberto: Capdevila, Arturo:

1913 – Carriego, Evaristo: 1914 – Dávalos, Juan Carlos:

1915 — Almafuerte (Pedro B. Palacios): Capdevila, Arturo: Giiraldes, Ricardo: Fernández Moreno, Baldomero:

1916 – Storni, Alfonsina: Fernández Moreno Baldomero:

1917 – Jaimes Freyre, Ricardo:
Lugones, Leopoldo:
Arrieta, Rafael Alberto:
Dávalos, Juan Carlos:
Bufano, Alfredo R.:
Fernández Moreno, Baldomero:

1918 – Storni, Alfonsina:
Marasso, Arturo:
Calou, Juan Pedro:
Obligado, Pedro Miguel:
Martínez Estrada, Ezequiel:

1919 – Fernández Moreno, Baldomero: Storni, Alfonsina: Rega Molina, Horacio:

1920 – Fernández Moreno, Baldomero: Obligado, Pedro Miguel: Franco, Luis:

1921 – Arrieta, Rafael Alberto:
Dávalos, Juan Carlos:
Camino, Miguel A.:

1922 – Lugones, Leopoldo: Fernández Moreno, Baldomero: Girondo, Oliverio:

> Bernárdez, Francisco Luis: Marechal, Leopoldo:

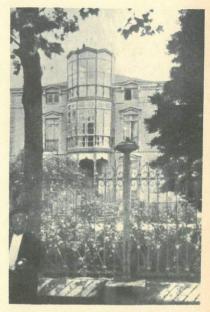
Las barcas. Misas hereies. Lunario sentimental. El cascabel del halcón. Sendero de humildad. Odas seculares. Palacios de ensueño. La sombra de la Empusa. El libro de las horas. Alma y momento. Las lises del blasón. La urna. Jardines solos. Bajo los astros. El libro fiel. El espejo de la fuente. Melpómene. La canción del barrio (póstuma). De mi vida y de mi tierra. Evangélicas. El poema de Nenúfar. El cencerro de cristal. Las iniciales del misal. La inquietud del rosal. Intermedio provinciano. Los sueños son vida. El libro de los paisajes. Las noches de oro. Cantos agrestes. El viajero indeciso. Ciudad. El dulce daño. Presentimientos. Humanamente. Gris. Oro v piedra. Campo argentino. Irremediablemente. La hora encantada. Versos de Negrita. El ala de la sombra. La flauta de caña. Fugacidad. Cantos de la montaña. Chacavaleras. Las horas doradas. Milnovecientos veintidós. Veinte poemas para ser leídos en un tranvía. Bazar. Los aguiluchos.

domero Fernández Moreno (1886-1950). Es entonces un joven médico que, tras errar cierto tiempo por la campaña bonaerense, publica a partir de 1915 una serie de libros que ejecutan la única innovación poética válida de esos años. Ouizá una visión superficial de Fernández Moreno puede llevarnos a reconocer en él todos los tics y los gestos "equilibrantes" de quienes lo rodeaban, y en su obra las instancias recapituladoras que eran propias de su generación. Hispanizante, más aún, enamorado recóndito de todo lo español; cantor que busca inspirarse en los motivos del suelo patrio; poeta arraigado en las tradiciones métricas castellanas (Borges hablará en Proa de "los taciturnos de la parvilocuencia rimada - fernándezmorenistas y otros canturriadores del verso"); admirador sin reservas de Darío y Lugones; académico, partícipe de Sociedades de Escritores y Pen Clubs; neutral en política; médico, profesor; sobrio, amable, sencillo en el decir y proceder, este hombre, sin embargo, supera todas estas pautas en la indisoluble autenticidad de su obra. Una obra que -como lo ha dicho Emilio Carilla-, es, en primer término, su "autobiografía lírica".

Primeros años: el viaje a España: Nace en Buenos Aires el 15 de noviembre de 1886, "en la holgura y la abundancia", en una amplia casa de la calle México. Sus padres, Baldomero Fernández y Amelia Moreno, comerciantes españoles, gozan de una posición económica muy sólida, la que, sin embargo, se irá deteriorando paulatinamente, hasta alcanzar la ruina total. Es por este motivo que la infancia de Baldomero en la casa de la calle México dura sólo tres años. ya que su padre debe rematarla, contrariando así los "deseos de eternidad" que lo habían llevado a construirla. Poco después, la familia realiza un breve viaje a Europa. Tras permanecer en Buenos Aires cerca de tres



Baldomero Fernández, padre del poeta



La casa de los padres de Fernández Moreno en Bárcena, España

La vida holgada y apacible de Fernández Moreno en el hogar de sus padres, solo interrumpida por un largo viaje a España, que puso al futuro poeta, por lo demás, en contacto con la tierra de sus mayores, habría de influir en el tono y los motivos de su producción poética.



84 rchivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

años más, y contando Baldomero seis, la familia se dirige a España, esta vez con la intención de un arraigo definitivo. Así, en 1892, llega Fernández Moreno a Bárcena, la aldea paterna santanderina, enclavada en la montaña y de cara al mar. Pasa allí los años decisivos de la infancia, que habrían de dejar una impronta indeleble en su obra, y que evocará más tarde en La patria desconocida y en Aldea española. Villa Amelia, el hogar paterno, "era una casa grande. nueva, clara, en la que mi padre volcó espléndidamente su bolsa de indiano afortunado". Allí, la vida fluve fácil e idílica. La gran casa bulliciosa, visitada por amigos y parientes en la que también viven los abuelos, la prosperidad económica, la sencillez de la vida aldeana, permiten a Baldomero acceder a una infancia venturosa.

Bien pronto comienzan para él los años de escuela; para llegar a clase, hay que atravesar caminos bordeados por castaños y nogales, prados y zarzales, crujientes de escarcha en el invierno. La escuela aldeana, a cargo de un solo maestro, ofrece una enseñanza rudimentaria, en la que se alterna la gramática con la historia sagrada y las matemáticas elementales. Núcleo fundamental de la aldea santanderina es la vieja iglesia románica, a la cual los Fernández concurren con asiduidad. Estas tempranas experiencias -las costumbres sencillas de la aldea, los juegos con los otros niños del lugar, los paseos a los pueblos lindantes (Santander, Laredo, Santonia, Berria, Villa de Escalante, Ambrosero, San Pedro de Soba) y al mar- fecundan para siempre al futuro poeta.

En el verano de 1897, Baldomero Fernández, tentado una vez más por la ambición de nuevas riquezas, parte para la Argentina: se abre para el hijo la experiencia de un par de años en Madrid, un Madrid que ostenta todavía cierto aire familiar v hasta provinciano. Vive en el número 16 de la calle del Rubio, en casa de sus

tíos, quienes lo inscriben en el Colegio del Espíritu Santo. Mientras tanto, las cartas que llegan desde Buenos Aires no son demasiado alentadoras. y los mayores juzgan conveniente que el primogénito inicie la formación de su bagaje para el oficio de comerciante que, según dan por sentado, lo aguarda. Así, los cursos que sigue en Madrid son de teneduría de libros, aritmética, caligrafía. Los métodos pedagógicos del Colegio no son ni los más modernos ni los mejores: "Por la mañana soltábamos nuestras lecciones de memoria, y por las tardes cantábamos la tabla de multiplicar con un brío interesado, pues en seguida nos largaban". También aquí, la familia practica con asiduidad todos los ritos de la religión católica, cuya solemnidad deslumbra profundamente al casi adolescente. Y la celebración de las festividades religiosas, acontecimiento fundamental para grandes y chicos, lo llena de expectativa y gozo.

Pronto llega el momento de cursar el bachillerato, y Baldomero ingresa al Instituto del Cardenal Cisneros. Bruscamente, sin embargo, la vida en Madrid llega a su término, pues la familia parte para Buenos Aires a reunirse con el padre, que los ha mandado llamar. Es el año de 1899: Baldomero dice adiós a sus parientes madrileños, a los paseos, a las frondas, al palacio real, a calles, plazas y museos. El próximo escenario será la Avenida de Mayo al 1100.

El descubrimiento de la patria y otros descubrimientos: En Buenos Aires, el nuevo alumno del Liceo Ibérico Platense se destaca por su conducta y aplicación, no obstante sorprenderle el rigor que allí se imprime a los estudios, bien lejos, por cierto, de la indulgencia de los años madrileños. En este establecimiento de enseñanza comienza a descubrir a los poetas argentinos y americanos, y también a los españoles: Echeverría, Obligado, Núñez de Arce, Campoamor. Al mis-



Casa de Buenos Aires (Avenida de Mayo 1130) donde Fernández Moreno vivió con su familia después de su regreso de España

www.ahira.com.ar Revistas Argentinas

En letras de molde

Fernández Moreno tiene 29 años cuando publica su primer libro de versos: estreno tardío para quien luego produjo, con sostenido aliento, casi un libro por año. Se ha alegado que los estudios de medicina y sus primeras incursiones profesionales le robaron mucho tiempo. Hay otra explicación sencilla: Las iniciales del misal es ya obra adulta, en cuanto revela esa cosa nueva que Borges reconocerá revolucionaria: "la voz de Fernández Moreno". Además, aquella aparente demora no quiere decir silencio absoluto. Emilio Carilla se regocijaba hace algunos años por haber hallado en una librería de viejos un folleto de 34 páginas que contenía los primeros ejercicios literarios del futuro poeta, editados en 1900 por el padre de Baldomero. Este mismo los recordará en un pasaje de su Vida y su hijo César comentará al respecto: "En esta infantil publicación Fernández Moreno aborda tres géneros: el narrativo (con El príncipe árabe), el oratorio (con su discurso escolar 25 de Mayo de 1910) y el lírico Recuerdos de la aldea)". Aparte, en la Bibliografía, ordenada en colaboración con su hermano Manrique, registra la tesis presentada por Baldomero para optar al título de Doctor en Medicina: Tratamiento de las fístulas y artritis tuberculosas por la pasta de subnitrato de bismuto, 100 páginas publicadas en 1912; también consta allí un discurso pronunciado al año siguiente en el Teatro de Chascomús y un Soneto, elaborado en 1916 por Fernández Moreno y Pedro Herreros (Héctor Olivera Lavié: Remembranzas, en La Nación, 1/III/1953). Sin duda no es el primero ni el único poema, no recogido en libro, que denota la influencia modernista en Fernández Moreno, porque él mismo dirá luego: en Chascomús, "en aquel año (1912), empecé a escribir algunos versos ya diferentes a los de otras tentativas y que parecían no sonarme a otro metal sino al de mi propio pecho".



Portada de Un príncipe árabe, obra juvenil de Fernández Moreno (1900)

mo tiempo, se despierta en él una verdadera fiebre de lecturas, pero sin demasiado espíritu selectivo, pues lo que cae en sus manos en el hogar de comerciantes españoles importa una verdadera miscelánea: La Ilustración Artística, La princesita de los brezos, una Vida de Napoleón III, Atala, René, El último abencerraje, Las mil y una noches, cientos de entregas de Luis de Val, novelas de Pérez Escrich, fragmentos de Raimundo Lulio y, finalmente, Pérez Galdós. Por el influjo de estas lecturas y de los recuerdos de Bárcena, escribe sus primeras páginas: Recuerdos de la aldea, que el padre, ufano, hace imprimir junto con un cuento "entre Julio Verne y folletín vulgar", v un discurso que Baldomero pronuncia en el Liceo Ibérico Platense para conmemorar el 25 de Mayo. Folleto que, posteriormente, sería distribuido entre los amigos de la fa-

Las constantes vicisitudes económicas de Baldomero Fernández tienen un vuelco favorable, y en 1902 la familia se traslada a una quinta del barrio de Almagro, que en algo les recuerda la magnífica casa de Bárcena. Pero esta prosperidad no dura mucho, ya que nuevas desdichas económicas obligan a Baldomero Fernández a realizar un viaje por Europa, verdadero comienzo del derrumbe económico de su casa. Por aquella época Baldomero hijo empieza a concurrir al Colegio Nacional Central, que tres lustros más tarde ha de evocar así: Era un portal ancho, sonoro y oscuro, / y un portero alerta fiero como un can. / Y unos corredores inconmensurables / de paredes altas, lamidas de cal, / y baldosas blancas y baldosas negras / y un aroma de años y de santidad / . . . / Aulas derramadas como refectorios, / aulas subterráneas grises de humedad, / maestros y alumnos con algo de brujos, / como cuando era pecado estudiar. El joven Fernández Moreno concluve, en el viejo Nacional Cen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas |

www.ahira.com.ar

tral de su Elegía, sus estudios de bachiller.

Los próximos pasos de Baldomero consisten en el ingreso a la Facultad de Medicina, vocación que el niño había antepuesto siempre a la de comerciante que le señalaban sus padres. Entretanto, la ruina económica de la familia se ha acelerado, multiplicándose en los últimos tiempos las consabidas mudanzas; por último, han debido refugiarse en una vieja y aleiada casa de Floresta. En aquellos años, "Floresta era un verdadero pueblecillo en que todos se conocían: calles sin adoquinar, largos alambrados cargados de hiedras y madreselvas, y por aquí y por allá bosquecillos de casuarinas, de eucaliptos. Los puntos de reunión eran, como en todas partes, la plaza, la estación y la capilla". El invierno allí era muy duro, y al estudiante de medicina le resultaba muy difícil saltar de la cama en las madrugadas escarchadas para dirigirse a la Facultad. Durante estos años de soledad y de sacrificio, años de estudios intensos y, sobre todo, de lecturas constantes, se van delineando poco a poco las preferencias literarias del joven: primero, los "parnasos americanos, apeñuscados y pintorescos", son desplazados por las Rimas de Bécquer; luego vendrán Lugones, Darío y los hermanos Machado, en particular Antonio; más adelante, Baudelaire y Verlaine.

En 1912, tocan a su término estos años de estudio y de prácticas en el Hospital Español. El flamante médico recibe su diploma. Tiene veinticinco años, y mientras sus compañeros de Facultad han marcado ya el rumbo que han de seguir, él, indeciso, y además escindido por las contradicciones surgidas de su doble vocación, acepta visitar Chascomús a instancias de un amigo. No sin cierta indiferencia, decide quedarse, y muy pronto instala allí su consultorio. Son casi dos años de prueba en el pueblo bonaerense, donde el joven médico alterna el ejercicio de



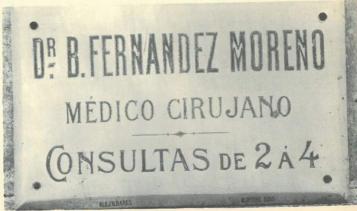
Una operación en el Hospital Español: Fernández Moreno es el segundo de la izquierda

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.aga

A la vez que ejemplo acabado de lo que se dio en llamar el "sencillismo" dentro de la historia de nuestra lírica, la obra de Fernández Moreno, cuyo matiz realista y cotidiano le confiere notable modernidad, alcanza un equilibrio formal y expresivo pocas veces logrado.



Primer consultorio de Fernández Moreno en Chascomús



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la vida pueblerina no ofrece mayores atractivos. Es necesario pasar el tiempo de alguna manera, y las veladas de póquer y truco en el Club Social o en el de Regatas son citas obligadas. Después, las caminatas solitarias e interminables a través de la noche. Pero pronto la situación se hace insostenible. De Buenos Aires llegan noticias poco halagüeñas. Es menester que la situación económica mejore. El médico deja entonces Chascomús y, tras explorar algunos pueblos pampeanos, se instala, a principios de 1914, en Catriló, localidad situada en medio de la pampa y la soledad: "Total, diez casas de ladrillo, otras tantas de chapa y alguna que otra máquina yendo y viniendo". La situación no es fácil: los enfermos se van a Buenos Aires o a los pueblos vecinos, y además está la competencia de los farmacéuticos que recetan y de los curanderos que gozan de gran predicamento. "Y sin embargo, diez

o doce años habrían bastado. Pero.

¿quién tiene paciencia de esperar?

¿Día a día, lejos de todo y deseán-

dolo todo?" Al llegar el invierno, el

poeta, triste y solitario, regresa a Bue-

nos Aires. Una vez allí instala su

consultorio en el barrio de Liniers,

esquina de Rivadavia y Olmos: em-

piezan a acudir los enfermos, pero ya

entonces Fernández Moreno, hasta ese momento desconocido, comienza

a hacerse de amistades literarias, y su

tiempo se reparte muy desigualmente

entre la literatura y la medicina, en

detrimento de esta última.

su profesión con el ejercicio de la

poesía, en la que ya se empieza a

escuchar su propia voz. despojada del

tono imitativo de sus versos de ado-

lescencia. Los pacientes son pocos y

En 1915, a instancias de los amigos, publica su primer libro de poesías: Las iniciales del misal.

El adiós a la medicina: El libro, que estaba dedicado a Rubén Darío, produce gran revuelo y es bien recibido por la crítica. Ese año y en la misma

Archivo Historico

imprenta, aparece el primer trabajo del futuro autor de Don Segundo Sombra, por otra coincidencia, nacido también el mismo año que Fernández Moreno. En 1915, entonces, se publica Las iniciales del misal: "el mismo año -nos dirá Roy Bartholomew en Cien poesías rioplatenses- Ricardo Güiraldes dio a la prensa El cencerro de cristal; ninguno de los dos, y menos el primero, se proponía ninguna revolución, pero ambos la realizaban: Fernández Moreno se expresaba con extrema naturalidad y fuerte y noble habla sobre temas sencillos y comunes; Güiraldes acortaba, tajaba, descoyuntaba el verso, o lo alargaba hasta estaquearlo en un párrafo que ya era prosa".

El éxito de su primer libro, el entusiasmo y el desorden de la vida y de las amistades literarias, el café y la calle, imposibilitan casi totalmente su labor de médico, y ésta va cayendo en un abandono cada vez mayor. Baldomero comienza a frecuentar Caras y Caretas y Nosotros. Sus amistades literarias de esa época, aquellos con quienes se reúne asiduamente, son Girondo, Laferrère, Zapata Quesada, Monsegur, Lascano Tegui, Noé. Coronado, Lafinur. Paralelo a este fervor por el quehacer literario, nace en estos años de su vida un verdadero fervor por la ciudad: recorre incansablemente la calle Florida, deslumbrado por sus vidrieras, sus transeúntes, sus librerías, la Avenida de Mayo, la calle Lavalle, los cinematógrafos.

tes, sus inorerias, la Avenida de Mayo, la calle Lavalle, los cinematógrafos. Mientras tanto, la situación económica de la familia ha empeorado, ya que sólo cuenta como entradas con los aportes del hijo mayor, que, descuidado su consultorio, debe recurrir a soluciones extremas: la venta de su biblioteca. Fernández Moreno matiza, en esos años, sus paseos por la ciudad con algunas escapadas a Chascomús y al campo, a la estancia de algunos amigos: acostumbrado en su infancia a la vida aldeana, a la huerta de Bárcena, luego a las chacras de

LAS INICIALES
DEL MISAL

BUENOS AIRES
MCMXV

Portada de la primera edición de Las iniciales del misal

de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Portada de la primera edición de Ciudad

Floresta y a la campaña bonaerense, la ciudad, que por un lado lo enfervoriza, le despierta de tanto en tanto la nostalgia del paisaje "ocre y abierto en huellas".

1916 ve la aparición de Intermedio provinciano, que resume su experiencia en Chascomús (nombrada General Pérez por el poeta); 1917, la de Ciudad, que registra sus andanzas porteñas. En 1918, Baldomero publica Por el amor y por ella, y al año siguiente, el 22 de enero, se casa con la inspiradora de estos poemas, Dalmira del Carmen López Osornio -Negrita- a quien había conocido en Chascomús durante sus primeros años de médico. El matrimonio se instala en Huanguelén, naciente pueblito del sur de la provincia de Buenos Aires, donde reside hasta principios de 1920. Allí Fernández Moreno escribe El hogar en el campo, reflejo de su primer año de casado, que se publica recién en 1923.

Durante casi todo el año 1920, reside nuevamente en Buenos Aires, para volver luego a Chascomús, donde permanece hasta 1924: son los últimos años de su ejercicio de la medicina. En efecto, la escisión surgida de las contradicciones que le plantean sus dos vocaciones paralelas, la de médico y la de poeta -esta última en constante pugna y gradual desplazamiento de la primera- hace crisis. La crisis se resuelve con el abandono definitivo de la medicina, y ésta es reemplazada por el ejercicio del profesorado secundario: instalado definitivamente en Buenos Aires, donde residirá hasta su muerte, el poeta se muestra categórico en su decisión: aceptará unas cátedras, pero además serán de literatura e historia. A la vez, el obligado contacto con la literatura clásica española a que lo llevan estas cátedras, sirve al poeta para aguzar y profundizar su conocimiento de los recursos formales del verso, conocimiento éste que funcionalizará en sus composiciones, profundamente



Poema manuscrito de Fernández Moreno, con dibujos de su esposa y dedicado a ésta (1916)

Dalmira

Tu nombre es terso y clars
y fino, como la hoja de una espada
dermede al sil; se agua como el cire
vira como la laz y corre como el agua.
Tu nombre es hermano de la lira.
Es una campanida de plata
que esto deciendo como eres:
fina, morena y un poquite rarra.
Tombre de hierra, maravi clos as,
de India, Persia, Arabias,
para ser pronuncialle es de desionto
bajo el penneho verde de una palma
o surfinado misterios oumente
re Jondo de un baren, i la sue tana
entre un retorno hipoorita de cusu cos
y el bojelo corro de la, cismi tarray

Poema manuscrito de Fernández Moreno, dedicado a su esposa

www.ahira.com.ar



Manuscrito y dibujo de Fernández Moreno, dedicados a su esposa (1917)

Fernández Moreno v la medicina

Ya desde sus años de estudiante de Medicina, la vocación de Fernández Moreno se escindía de manera problemática y contradictoria: por un lado, la profesión médica le exigía la atención y las horas; por otro, la poesía le reclamaba todo su tiempo. Esta tensión, siempre aguda, no logró alcanzar jamás un equilibrio, de modo que o el médico sentíase culpable, o el poeta disconforme. Finalmente, esta crisis se resuelve, no por síntesis, sino por eliminación, y es el mismo Fernández Moreno quien en su autobiografía (Vida. Memorias de Fernández Moreno, 2ª parte. Vida v desaparición de un médico. Kraft, Buenos Aires, 1957) relata el curioso final de su carrera médica: "Una mañana feliz, en que a través de los ventanales entreabiertos se veía un jirón de cielo de un azul tierno v húmedo como recién salido de los pomos divinos, el jefe del servicio examinaba a una mujer ya anciana, pero robusta y sin nada de particular, al parecer. Observábala atentamente, y yo, a su lado, paseaba los ojos por la faz de la enferma: una cara grande, un poco montuosa, un poco asombrada, y de un tinte oliváceo. A mí me ocurría lo de siempre: que miraba al enfermo ahincadamente, pero sólo con el cristal más externo de los ojos. Los ojos interiores estaban turbios, ciegos; la ruedita del pensamiento daba vueltas en otro sentido y esto sin poderlo remediar. Así que cuando el maestro, después de un silencio, interrogó bruscamente: -¿Qué le parece este caso?-, nuestro doctor quedó paralizado por la pregunta, no supo qué decir y esperó el diagnóstico magistral, que no tardó en llegar, bronco y grave, como si sonara

desde el fondo mismo de las edades:

-Lepra. La escasísima cantidad de médico que quedaba a nuestro personaje se le cavó a los pies como un harapo descolorido y arrugado. ¡Cómo! ¿Yo, en aquella mañana que ya se revestía de una armadura de sol y de poderío, con las banderas del aire y del agua, con mi salud y con mi hijo, y con mis esperanzas sobre todo, estaba ahí, tan próximo al contagio, a caerme a pedazos, a la reclusión y a la muerte? No pensé nada más. Me olvidé de la enfermedad, de su sintomatología, de sus modalidades, de su incubación, de todo. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo el cuerpo y pegué definitivamente un salto hacia atrás, fuera de la medicina, como quien escapa de una jaula de fieras."



Fernández Moreno y su futura esposa, poco antes del matrimonio (1916)



arraigadas en las tradiciones métricas castellanas.

Los años de plenitud: Al volver a Buenos Aires, el poeta retoma aquellas caminatas interminables por la ciudad. Hito obligado es la confitería Richmond de la calle Florida. Allí suele encontrarse con algunas de las figuras más relevantes del mundo literario porteño: Alfonsina Storni, Enrique Méndez Calzada, Nicolás Coronado. De esos años data una amistad entrañable, que conservará hasta su muerte: la del uruguayo Enrique Amorim.

En 1919, había nacido su hijo César. Este acontecimiento llena al poeta de profunda felicidad. Más tarde. serán Dalmira, Ariel, Manrique y Clara, quienes harán que El hijo, publicado en 1926, se trasforme en Los hijos. Su mujer, los niños, la vida familiar, la tranquila felicidad doméstica, serán una constante en su poesía. La publicación de Versos de Negrita data de 1920. A esta altura de su producción, la base temática de su poesía ya está claramente delimitada, y será, a la larga, la de su Obra Ordenada: ciudad, pueblo, campo, amor, hogar. En 1921 y 1922 publica sus dos primeros libros de tipo acumulativo, es decir, colecciones escritas en un lapso determinado, que enriquecen los temas anteriores, pero no inauguran otros nuevos: ellos son Nuevos poemas v Mil novecientos veintidós.

Con respecto a su producción hasta ese momento dice su hijo César Fernández Moreno: "Todos estos libros y temas se disponen en dos series: la topográfica y la familiar. A su vez, ambas series se escalonan en el tiempo en una relación de profundidad emocional: la topográfica primero que la familiar. Y esta última, a su vez, comienza a revelar ya el rumbo hacia lo formal que cristaliza su Aldea española, escrita entre 1923 y 1924 en la transición de esta época con la siguiente".

Dr. B. Ternandez Moreno

Huanguelén

On fin, quin so Aspessio,

qui nu provi bas agraderes,

ini como de los chicos

los carinosos recuerdos.

A Lale María menerias,

a mones china sos beros

recibe lo que quiera.

de B. Fernander More a s.

Carta en verso de Fernández Moreno, hecha en una hoja de receta médica

Un contacto aun superficial con los poemas de Fernández Moreno evidencia la importancia que el poeta atribuía a los espacios y lugares del mundo familiar, además de la devoción con que cultivó las relaciones personales con su mujer e hijos.



Ariel, Clara y Manrique Fernández Moreno en 1933

Aldea española, recuerdo emocionado de los años de infancia en Bárcena, se publica en 1925. Esta rememoración lírica consagra definitivamente al poeta, y el reconocimiento oficial le otorga al año siguiente —1926— el Primer Premio Municipal de Poesía. Es éste también el año de la publicación de su libro El hijo. La mayoría de las composiciones que lo integran datan de los años de Chascomús. 1920-24.

La etapa de formalismo poético que Fernández Moreno ha comenzado a practicar en Aldea española, se continúa en Décimas y Poesía (ambos de 1928) Sonetos (1929), Romances (1936) y Seguidillas (1936). Es una manera de añorar lo español, una delectación retrospectiva, una esperanzada recuperación, que se aferra en estas últimas obras al idioma si no perdido, empobrecido, y a sus formas de versificación.

En 1925 se funda la Sociedad de Escritores, núcleo generador de la actual SADE; y toca a Baldomero Fernández Moreno presidir su comisión directiva.

1929 marca el año de publicación de Ultimo cofre de Negrita, que en su Obra Ordenada figurará bajo el título general de Versos de Negrita, juntamente con Por el amor y por ella, Versos de Negrita y Canto de amor, de luz, de agua. En el mismo año aparecen Sonetos, y dos años después, Cuadernillos de verano.

Durante el lapso que va de 1924 a 1937 comienza a escribir y difundir en conferencias y publicaciones, su obra en prosa: Vida, cuya primera parte, La patria desconocida, que tiende a la recuperación del perdido mundo español de la infancia, arranca de una disertación en el Instituto Popular de Conferencias (1927). Publicada en 1943, abarca los años de la niñez que van de 1886 a 1889. La segunda parte, Vida y desaparición de un médico (1900-1915), se estructura en torno del discurso homó-



Portada de la primera edición de Versos de Negrita

nimo que pronuncia en 1935, al ser recibido en la Academia Argentina de Letras, e intenta la recuperación del mundo campesino de su juventud. Esta obra se publica después de su muerte, recién en 1957, bajo el título de Vida. Memorias de Fernández Moreno, e incluye la primera parte. Ouiosco y Guía caprichosa de Buenos Aires, que comienza a publicar en 1936 y 1937 respectivamente, están constituidos por breves fragmentos. algunos de tipo lírico, otros descriptivos. La mariposa y la viga reúne breves observaciones líricas, morales. filosóficas; aquellas que revisten características más objetivas aparecen agrupadas en la subdivisión Aire aforístico, en tanto que las más subjetivas lo hacen en Aire confidencial. Esta obra iniciada en 1928, se publica en 1947. Por último, Un hilo de araña y otros hilos recoge discursos o publicaciones ocasionales. cuya diversidad de temas adquiere unidad en su tono lírico.

En 1937, un hecho sume al poeta en un profundo estado depresivo, provocándole un "descenso del nivel vital", que se prolonga hasta fines de 1939. Este hecho es la muerte de su hijo Ariel, de diez años de edad. Durante ese lapso, la cosmovisión del poeta se ensombrece, se vuelve oscura y desesperada. Esta visión cobra forma en una serie de breves poemas agrupados, que llevan el nombre de *Penumbra*, y que en conjunto sólo se publican en 1951, después de su muerte.

En 1938, sus obras Dos poemas, de 1935, Romances y Seguidillas, ambas de 1936, resultan acreedoras al Primer Premio Nacional de Poesía correspondiente al período 1933-37. En ese mismo año (1938) publica Continuación.

El poeta adquiere una casa en Flores, instalándose en ella en 1938. La vida en este antiguo barrio de Buenos Aires, donde había pasado años de su juventud, y donde permanece hasta

Los hijos de Fernández Moreno

El acercamiento más superficial y tímido a la poesía de Fernández Moreno nos pone ya en contacto con el tema de la vida familiar proyectada en una triple vertiente: su mujer (la Negrita de sus versos famosos), el hogar (sea en el campo, sea en la ciudad) v los hijos. Múltiples referencias -que podemos rastrear. aisladas o conformando el núcleo central del poema, en algún verso premonitorio de 1918, verificar plenamente en el libro de 1926 v prolongar en varias poesías dedicadas a uno u otro de sus hijos- prueban el sostenido amor paternal de Baldomero. (La mayor parte de ellas integran la séptima sección de su Obra Ordenada.) El matrimonio Fernández Moreno tuvo cinco hijos: César, Dalmira, Ariel, Manrique y Clara, que nacieron en 1919, 1926, 1927, 1928 v 1930, respectivamente. En 1927, muere la pequeña Dalmira y, diez años después, Ariel. Este último hecho sume al poeta en una profunda depresión nerviosa, de la que tarda en recuperarse. Los otros tres hijos de Baldomero revelan la influencia del padre-poeta, tanto en el recuerdo que de él guardan y difunden (los tres se han esforzado por perpetuarlo en ediciones, prólogos, bibliografías, etc.; pero sobre todo César, aquél "en quien confío que dilate mi memoria", en su fundamental Introducción a Fernández Moreno de 1956), como en sus propias obras: los tres han escrito, con variada suerte, poesía. Los versos de Clara quedan desperdigados en revistas y antologías; Manrique ha pasado de su primer Suicidio natural a la prosa urticante de Memorias de un príncipe argeutimio;

y César ha logrado ya una obra de original relieve. Es posible olvidar su Callo ciego inicial, a pesar del memorable "Prólogo" paterno; también podemos omitir sus libros cuarentistas y discutir o no, algunas de sus evocaciones críticas, pero es imposible prescindir hoy en el panorama de la poesía nacional de Argentino hasta la muerte (1963) y Los aeropuertos (1967), dos libros que, por lo que intentan y tal vez paradójicamente, nos recuerden el esfuerzo de Baldomero Fernández Moreno por crear, más allá de la retórica, un idioma para la poesía argentina.



César Fernández Moreno, hijo mayor del poeta



Clara Fernández Moreno, hija de Fernández Moreno



Manrique Fernández Moreno, segundo hijo de Fernández Moreno

su muerte, da lugar a una serie de poemas. A partir de la publicación de su Antología (1941) surge en Fernández Moreno un deseo de ordenación de su obra, no realizado totalmente hasta después de su muerte. Los poemas de San José de Flores integran una de las secciones de su Obra Ordenada.

En el verano de 1939-40 realiza un viaje al Salto uruguayo, donde visita a su amigo Enrique Amorim. Durante este viaje termina de restablecerse, y escribe una serie de poemas que, sumados a los de *Cuadernillos de verano* y a los que escribiera durante su anterior viaje al Uruguay en 1937, con motivo de la muerte de Horacio Quiroga, forman la sección de su Obra Ordenada *Poemas del Uruguay*.

Ya restablecido, en 1940 Fernández Moreno vuelve a la vida literaria activa. Al cumplirse los veinticinco años de la publicación de su primer libro. Las iniciales del misal, la SADE le dedica un estruendoso homenaje en el Teatro del Pueblo, que alcanza gran repercusión pública. Al año siguiente (1941) publica Yo médico; yo catedrático, que constituye toda una sección de su Obra Ordenada, y las dos primeras ediciones de su Antología, que "transparenta, prefigura" esa misma Obra Ordenada: también asiste al Tercer Congreso de Escritores. con sede en Tucumán, lo que le da ocasión para escribir el largo romance Viaje del Tucumán.

Los años finales: 1943 marca la fecha de publicación de San José de Flores y La patria desconocida, primera parte de su autobiografía. Pero a partir del año siguiente, el poeta cae en un nuevo estado depresivo, de características semejantes a las del anterior, y del que se irá recuperando muy lentamente.

En 1945 nace su primera nieta: comienza entonces a escribir los poemas que integrarán el *Libro de Marcela*, que se publica en 1951, en un solo volumen, con *Penumbra*.

www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Los seis últimos años de su vida transcurren en dura lucha con su insomnio y su equilibrio nervioso. "Todo me hace mal, lo exterior y lo interior. No sé nada de mí." "Es media tarde, y ya empiezo a temblar; la ansiedad viene con la noche."

En 1949, el poeta publica Parva, y al año siguiente, el 13 de junio de 1950, recibe una nueva consagración oficial: la Sociedad Argentina de Escritores le otorga el Gran Premio de Honor por este último libro, premio que encierra un reconocimiento a toda su obra.

Pocos días después, el 7 de julio, muere súbitamente, de un derrame cerebral.

Años atrás, había entregado a su hijo César una serie de disposiciones que, en caso de muerte, éste debía cumplir: "No se permitirá absolutamente a nadie, ni al pariente más cercano, la entrada a mi casa." Y: "Mi deseo es que en un taxi cualquiera me acompañe hasta donde sea mi hijo César, absolutamente solo."

Sin embargo, se lo vela en la Casa del Escritor. En tal sentido, aclara César Fernández Moreno: "No cumplí estas instrucciones: las consideré revocadas por los años de plenitud que él alcanzó a vivir entre 1940 y 1944. Habían pasado doce años, ahora era otra muerte." Y más adelante: "Pero no pude hacerme dueño único de su muerte: me pareció que pertenecía a todos, como su vida. ¿No lo había dicho él mismo?

Soy esa fuentecilla de la plaza en la que beben pájaros y niños...

Modernismo e innovación sencillista: El primer libro se llamaba Las iniciales del misal y estaba —como ya lo hemos dicho— dedicado a "Rubén Darío enfermo y pobre en tierras lejanas": A Rubén Darío, tan grande, tan dulce, tan bueno. / A Rubén Darío, por cuya salud piden a Dios las estrellas, / las rosas, los cisnes y el

corazón de todos los poetas de América y del mundo". Sin embargo, ni ese título -que él mismo luego se reprochará-, ni las palabras de la dedicatoria -entonces convencionalesprefiguraban el libro. Había otra cosa en sus páginas -dirá Borges en 1940-. "otra cosa más verdadera que un manifiesto y más memorable que un ismo: esa otra cosa era la voz de Fernández Moreno. Este, después de saludar a Rubén Darío en su dialecto de astros y rosas, había ejecutado un acto que siempre es asombroso y que en 1915 era insólito. Un acto que con todo rigor etimológico podemos calificar de revolucionario. Lo diré sin más dilaciones: Fernández Moreno había mirado a su alrededor." No obstante. Intermedio provinciano, su segundo libro, es saludado por Lugones desde La Nación: "Fernández Moreno, poeta, es un espíritu de piedad, de sencillez y dulzura. Su don esencial consiste en florecer suavemente como el árbol primaveral después de la lluvia". Ahora bien, si sumamos a aquella primera dedicatoria este espaldarazo, si recordamos además las múltiples ocasiones en que Baldomero reverencia explícitamente en su obra a los grandes artífices del modernismo, sobre todo a Darío y Lugones (su "Elegía a Leopoldo Lugones" concluye: "Tal vez nosotros callemos, / puesto que tú no nos oyes"), si aun, ya anecdóticos, pensamos en aquel retrato de Darío que presidía la sala de su casa ("Triste, genial y errabundo"), muy probablemente dudemos de las palabras de Borges.

Pero no; al aparecer Ciudad, Roberto Giusti ya habrá de apuntar algunos deslindes con respecto a sus predecesores y contemporáneos: "no corre su fantasía tras los exóticos espejismos de 1830, o las complicadas perversidades de fines del siglo; es el hombre de ahora, conoce el valor de la realidad y busca la poesía en las cosas pequeñas, humildes, aparentemente vulgares. No sueña en huríes y odalis-

Editorial
"BUENOS AIRES"

Portada de la primera edición de El hijo (1926)

Fernández Moreno. Los críticos y la vaca muerta

En su autobiografía, Fernández Moreno relata las circunstancias anecdóticas que dieran origen a su conocido poema La vaca muerta, v la polémica posterior que surgió en torno al término "bermeja". "Una tarde lluviosa y desapacible entró un chiquilín a la chacra arreando una vaca, la única que quedaba y cuya leche tomaba la enferma. La vaca venía vacilante, con el vientre enorme. Fue al salir cuando presencié el espectáculo de la vaca empastada, los gritos de la mujer, el subir y bajar de los brazos del hombre, y la caída del animal junto al alambrado, sobre un charco de agua; fue entonces cuando vino el vecino sabihondo y sacó de atrás su cuchillo que, aunque con aires curativos, siempre tienen misteriosos aspectos criminales. Hizo con él un tajo en el abdomen del animal, que miraba a la luna clarísima, un poco de espuma de alfalfa surgió por la herida, tal como se cuenta en el poema. Las hojas estaban cubiertas de gotitas de agua, los alambres también. Lloviznaba. "...El médico está triste, caído en el asiento, dentro de su caja escorada, subidos los cristales como se podía y un pie en el asiento de enfrente. De pronto, el poeta que había en él ha sacado un lápiz, ha puesto el recetario sobre las rodillas y, casi inconscientemente, debajo del Rp., mientras el coche empujaba hacia el pueblo, ha escrito: La vaca muerta, y después el primer verso: «Lentamente venía la vaca bermeja», y todas las demás líneas del poema, resumiendo en él la tristeza del campo, de la

chacra, de la enferma, la suya propia. "Esa misma noche, desde el club, se lo mandé a Coronel, de El Argentino, y al día siguiente apareció, con una pequeña nota al pie, en que vo narraba su origen en cuatro líneas. Sobre su mérito no abría ni cerraba juicio ni en lo más profundo de mi ser, pero al día siguiente, cuando la gente de Chascomús se enteró de que en el mundo había vacas bermejas, sobre todo el más encrespado era Fortunato R. Iseas. rematador de estos animalejos y en vías de serlo muy grande. "... Yo sostenía mi vaca bermeja, y me afirmaba en el rocío, en la alfalfa verde, en la luna, y creo que sobre todo en Valle-Inclán y un poco en Anglada Camarassa. Tuve prosélitos y quienes juraban por la vaca bermeja, pero el titeo que se armó en cafés, clubes y la calle misma duró mucho tiempo. "Ya aquí en Buenos Aires ocurrió un poco lo mismo, y el más acérrimo enemigo de la tal vaca fue el señor Ramón Doll, quien no solamente la emprendió contra el cornúpeto sino contra mis libros y mis versos. Allá él y sus razones. Pero lo cierto es que a mí también me llegó a sonar mal lo de la vaca bermeja, no por el adjetivo, sino porque la tal vaca pasó su vida fecunda y su muerte simplísima en los alrededores de una pobre chacra, y todo el resto era natural, y sencillo, y adecuado. Y con el andar del tiempo quise dar a mi obra todo el color y gusto argentinos, y la mayor extensión posible, y un día puse: «Lentamente venía la vaca rosilla». En fin, ahora fui vo el que sintió el dolor de la vaca bermeja ausente, y conmigo muchos amigos y compañeros. Y conste que ya no sé de parte de quién está la razón. "Pero que sepa el señor Ramón Doll, ya en el tren, ya en la calle, ya aquí o ya más allá, que el primer detractor y crítico con genuino sabor argentino, la cara llena de arrugas y las arrugas de polvo, criado en la pampa, y entre reses, justiciero como una espada y sabio como un naturalista en todo lo que al campo concierne, que mi primer crítico y censor, franco y sincero, fue el señor Fortunato R. Iseas, con casa de remates y otras hierbas en Chascomús." (Vida. Memorias de Fernández Moreno. 2ª parte. "Vida y desaparición de un médico". Kraft, Buenos Aires, 1957. Según se advierte claramente en este último párrafo, Fernández Moreno consideraba a los críticos no sin un deio de sorna y desdén. Particularmente ilustrativas de este aspecto del poeta -el poco respeto que le merecían críticos y académicos- resultan, para no citar su célebre soneto polémico "Contra casi todos mis críticos", estas líneas de Enrique Amorim a César Fernández Moreno: "¿Dónde dejaste al sardónico y, a veces, hasta cruel Fernández Moreno? Hay décimas, y andan por ahí aforismos, de una intención terrible. Tu padre se rió de medio mundo, desde Larreta a la Academia. ¿Cómo quieres hacerme creer a mí -y a los que lo tuvimos al lado, tan pegados a él como los crustáceos a la quilla del barco que espiaba el hombre rana-, que Fernández Moreno no se burlaba de Vedia y Mitre, Pagano, Sánchez Sorondo? Eran los tíos que veía cierto día al mes. Hasta cuando se atildaba para ir a la Academia pasaba por el Richmond a dar su última carcajada contra las paredes del local... Bueno, Fernández Moreno no hizo otra cosa que burlarse día y noche de unos v otros." (César Fernández Moreno, Correo entre mis dos padres, Mundo Nuevo, Nº 19, París, 1968.)



Enrique Amorim y su esposa, Estela Haedo

cas, ni en castellanas y cautivas, ni en byronianas rebeldías, ni en consumirse orgiásticamente sobre el seno de nadie; ni siquiera en el ambiguo amor con una "hermana buena", no: pero sus ojos van envidiosos tras esa pareja que se pierde furtiva por la calle oscura, o extasiados tras los tranvías que huyen calle abajo con polvo de estrellas en las ruedas / y en la punta del trole una estrellita." Palabras que, con mayor precisión, el propio Fernández Moreno resume poco después, en quizá la única oportunidad en que excede los marcos del reconocimiento cordial hacia la polémica: "Era de imperiosa necesidad para nuestra literatura -le manifestará a Juan de León- dejar en paz a las marquesas en sus tocadores y a los dioses en su Olimpo. (...) Reacción natural contra esa literatura de relumbrón, nació en mí esta manera, sintética y sencilla, de pintar la realidad exterior y traducir estados de ánimo. Eso es todo". (Reportaje en Crisálida, núm. 7, 28 de diciembre de 1921).

Modestia? No. Nunca. Más bien pareciera tener la certidumbre de su verdadera dimensión histórica como poeta. Indica aquellos gastados tópicos frente a los cuales levanta la transparencia de su temática, e indica también el sentido en dos direcciones o. mejor dicho, en ese solo movimiento de ida y vuelta en que ella se concreta en poesía. Esta "vuelta" de la descripción, ese rostro a menudo olvidado, ese "traducir los estados de ánimo", es lo que destaca muy bien Martínez Estrada, al señalar que la aparición de Fernández Moreno comporta "dos novedades de mérito: es el primer autor que se coloca en el centro de su poesía, vivo y entero, y no como obligatorio primer pronombre, por supuesto impersonal, de la lírica; y es también el primer poeta que, seguro de sí casi hasta el desafío, trasiega al verso del más auténtico lirismo las formas privativas de la prosa y aun la prosaica intimidad del



Casa del barrio de Flores donde vivió Fernández Moreno en sus últimos años (Bilbao 2384)



Portada de la invitación al homenaje a Fernández Moreno brindado por la Sociedad Argentina de Escritores

género epistolar. Lo corriente era glasear el poema con voces de acepción poética exclusiva y además transvasar a la prosa el contenido y el énfasis del verso".

De acuerdo con su temperamento, nada dado a las explosiones violentas, y siguiendo las pautas casi conformistas de su generación, Fernández Moreno apenas abre juicio sobre el valor y sentido de su propia obra. Pero cuando lo hace —se ha visto— es claro, cauteloso, aunque firme a la vez. No hay un rechazo vociferado del escaparate modernista, sino un dejar de lado y, como "reacción natural", su poesía.

Esta poesía, por su aparente simplicidad temática y expresiva, fomentará un rótulo: el "sencillismo".

Sencillismo: realismo e impresionismo: Mucho se ha insistido en hablar de realismo, aun de neorrealismo, a propósito de la obra de Fernández Moreno. Ya desde la aparición de su primer libro, Enrique Banchs y Nicolás Coronado se esforzaron por poner de relieve su "don descriptivo"; luego, ese realismo sosegado, íntimo, cotidiano, etc., habría de señalarse como su rasgo preeminente o peculiar. Manuel Gálvez, en sus Recuerdos, al autoerigirse más de una vez en precursor de la "poesía realista" en nuestro país junto a Lugones y Carriego, recuerda como lograda consecuencia de esta corriente al mendocino Bufano, pero nunca olvida mencionar a Fernández Moreno, de cuya poesía se declara gran admirador, pues la encuentra "nueva, fresca, sintética, espontánea, expresiva, llena, realmente llena, de carácter".

Más aún, este realismo, por su aparente fácil composición y su temática circunstancial, pronto es llamado "sencillista". Sencillistas serán sus primeras obras, y luego su producción entera recibirá esa denominación. El término "sencillismo" pasará en seguida a designar toda una escuela; surgirá así un nuevo ismo. Y esto, pese

a que el individualista Baldomero Fernández Moreno se negara empecinadamente a reconocer cualquier jefatura v desdeñara todo encasillamiento. El sencillismo tuvo entonces un maestro a pesar suyo; contó con sus defensores y propagandistas -como el fogoso José Gabriel-, también con sus detractores, unos pocos seguidores directos y unos cuantos beneficiarios más o menos solapados. Entre las huestes sencillistas se suele citar en primer lugar al cuvano Alfredo R. Bufano, a Pedro Herreros, a Miguel A. Camino; a continuación se le suman otros poetas de origen provinciano como Dávalos o Ataliva Herrera, y después se descubren sus ecos en Luis Franco, Pedro Miguel Obligado o Luis Cané. Hubo confesos fernandezmorenistas entre los jóvenes de Boedo -Roberto Mariani, Nicolás Olivari y Gustavo Riccio- v, según Enrique Amorim, todos los boedistas "lo queríamos para nosotros". En cambio los martinfierristas, sin llegar a agredirlo, no se mostraron muy afectos a su poesía. Salvo quizá Borges, que, a pesar de algunos incidentales rechazos, supo descubrir la exacta medida de su valor más de una vez; que sirva de ejemplo su comentario a Ciudad: "íntegra posesión de la urbe, total presencia de Buenos Aires en la poesía. (...) libro desganado, varonil, orgulloso, tal vez perfecto" (en La Prensa, 11/VII/1926).

Pero, mejor todavía, dos observaciones de Borges nos pueden servir para deslindar parentescos con Lugones, quien, fascinado por lo verbal, habría inventado paisajes, y con Carriego, cuya visión de Buenos Aires estaría "vinculada a lo tradicional", confinada al barrio (en probable referencia Fernández Moreno habló de "la ciudad sólo conquistada por las orillas"). La óptica de Fernández Moreno sería, en contraposición a la de Lugones, una óptica de los sentidos antes que de las palabras; y frente a la de Carriego, le aventajaría en frescura y

www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

amplitud. Y en cuanto a los presuntos discípulos y secuaces del poeta de Intermedio provinciano, baste decir que ninguno de ellos alcanzó el "tono", parejo y hondo, de su voz inconfundible; quizá, porque ninguno de ellos supo aprovechar integramente su lección: aquello que uno ve es inseparable de lo que uno siente.

En 1924, Díez-Canedo apunta una notable variante con respecto al carácter realista de la poesía de Fernández Moreno; por ese camino han de seguir Antonio Espina, González Lanuza, Gerardo Diego y, finalmente, Enrique Anderson Imbert, que sintetiza el enfoque al reconocer a Baldomero Fernández Moreno como "el mejor impresionista, quizá, de nuestra literatura". Este reconocimiento contempla aquel "traducir los estados de ánimo" mencionado por el mismo poeta, esa pátina de intimidad, ese teñido discreto que cubre aun sus descripciones más objetivas, aunque sin revelar toda la riqueza apretada en tal dimensión. Hoy es fácil ver que Fernández Moreno, mejor que nadie entre sus contemporáneos. se sumergió en sí mismo -como lo pedía Banchs en el poema que citamos al comienzo-, pero pudo hacerlo así justamente porque desoyó la primera parte del consejo: no se apartó de la vía, es decir, del mundo circundante, del mundo a secas.

En una carta anterior a Las iniciales del misal, Juan Pedro Calou avizoraba ya esa doble vertiente, refiriéndose "al singular sentimentalismo suyo y al no menos singular don pictórico también suyo", que le harían aparecer como poeta muy subjetivo y muy objetivo a la vez; pero la calificaba de "dualidad fundamental". Como todo dualidad es, por definición, división tajante entre dos términos o sustancias, es preciso negar su presencia en la poesía de Fernández Moreno.

Rasgos esenciales del sencillismo: En la fundamental obra dedicada a su

padre, César Fernández Moreno entiende que "el realismo, objetivista por definición, fue sin embargo el primer eslabón para el descenso -o ascenso- hacia el subjetivismo. El segundo, desde luego, fue el impresionismo y el tercero el expresionismo". Se habría producido, según el crítico, un gradual abandono en Fernández Moreno padre, de los objetos hacia las representaciones o sensaciones internas provocadas por las impresiones que llegan desde el exterior: más allá. se situaría la vanguardia, "al despreocuparse de la relación entre lo escrito y la realidad". César realiza luego un rápido análisis estilístico de algunos poemas para concluir que "la obra de Fernández Moreno, desde su época más acentuadamente ligada con el realismo, revela, junto a los datos objetivos del naturalismo, una participación intrincada de elementos impresionistas y expresionistas, es decir. progresivamente subjetivos. Si estilo, como quiere Richter, es el uso subjetivo de la lengua, éste es el estilo de Fernández Moreno, y coloca al poeta en un plano que escapa a la oposición realismo-antirrealismo". En forma tangencial, Clara Fernández Moreno coincide con su hermano: "Por eso su poesía, entre subjetiva y objetiva, -dice- es el reflejo de sí mismo, de su vida y del mundo exterior que lo rodeaba". (Prólogo a Córdoba y sus sierras, 1961.)

No es nuestro propósito discutir en este lugar aquel escalonamiento cultural ascendente -o descendente-, que en general comporta una progresiva superación, al parecer, tanto en sentido histórico como de niveles fundantes. Creemos que la caracterización de César Fernández Moreno, restringida al caso específico de su padre- y delineada aquí sólo en sus rasgos sobresalientes-, atisba el camino interpretativo adecuado, pero se desvía hacia la explicación generalizadora, y entonces se vuelve engorrosa, o meramente didáctica. Los marcos conceptuales velan, empañan, os-

El poeta y la política

Resulta curioso el hecho de que en la obra de Fernández Moreno, pese a su marcado carácter autobiográfico. no haya referencia o alusión alguna a hechos políticos. No sólo en lo que respecta a la militancia, ni siquiera de la adhesión a una ideología o facción, sino en todo. Resulta por cierto sorprendente que un poeta como Fernández Moreno, a quien, por circunstancias generacionales, tocó vivir en un mundo convulsionado por muchos de los acontecimientos más importantes que registra la historia contemporánea -en el plano internacional, la Primera Guerra Mundial, de 1914, la Revolución Bolchevique del 17, la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial: y en el nacional, el ascenso del irigoyenismo al poder en 1916, las revoluciones del 30 y del 43- no emitiera juicio u opinión alguna acerca de estos acontecimientos, sino que, más bien, los soslayara. Esta actitud de prescindencia política resulta doblemente llamativa en un hombre que, como Fernández Moreno, se movió en un medio en el que no debieron faltarle presiones por parte de sus contemporáneos, que como Amorim, Lugones, Giusti, Rojas, Gerchunoff y Gálvez -para nombrar sólo a unos pocos-, adoptaron siempre determinadas posiciones frente a los acontecimientos. En este sentido, resultan ilustrativas las palabras de Manuel Gálvez en sus Recuerdos de la vida literaria (T. IV: En el mundo de los seres reales, Buenos Aires, Hachette, 1965): "Caso raro entre nuestros escritores: era estrictamente neutral en política. Ni hombre de izquierda, a pesar de su intimidad con Amorim, ni tampoco nacionalista. La guerra civil española no le sacó de su expectación. Al comienzo, parecía estar en contra de los rojos, pero luego, según sospeché, condenó los fusilamientos que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

www.ahira.com.ar

hacían las tropas de Franco. No le gustaba hablar de esa guerra". Y el mismo Fernández Moreno corrobora estos juicios poetizando su prescindencia política:

> Unos son conservadores, los otros son radicales. Unos son conservadores... ¡Oh la lluvia en mis cristales!

Los unos son radicales, los otros conservadores. Los unos son radicales... ¡Oh mi jardín y mis flores!

Mis días son siempre iguales.

curecen la "situación ambivalente" de Fernández Moreno, entrevista no sin perspicacia y rigor por su hijo. Primero, al reconocer "una participación intrincada" de elementos de diversa índole —realistas, impresionistas y expresionistas—; y, mejor aún, cuando establece la libertad del poeta con respecto a las oposiciones dualistas ("realismo-antirrealismo"), donde ni siquiera se logra dar un opuesto positivo; así una de sus conclusiones precisará: su "calificación estética más ajustada se encuentra al margen de la oposición realismo-idealismo".

El prestigio del idioma y las tradiciones culturales hacen difícil, si no imposible, obviar los términos consagrados, los conceptos turbios. Sin embargo, parece necesario realizar una investigación y una caracterización delicadas para describir primero y penetrar luego el peculiar movimiento de la poesía de Fernández Moreno. Obviando las implicaciones gnoseoló-

gicas que comportarían semejantes investigaciones, habría que entenderlas aquí como referidas simplemente a la "materia" poética, rehuyendo la sistematización conceptual. Puede afirmarse entonces que el vaivén peculiar de los mejores versos de Fernández Moreno no se define ni por lo objetivo, ni por lo subjetivo, ni por la amalgama o conjunción de ambas instancias; sino, y en todo caso, por una relación de carácter dialéctico. O sea, que su movimiento poético iría desde el individuo hacia las cosas y de ellas volvería a la persona en síntesis superadora de los momentos anteriores. Dicho de otra manera, sus versos redescubren la actitud originaria del conocimiento: no hay sujeto sin objeto,

En este sentido, la poesía rara vez logra generar un equilibrio. Y es por ello que suele caer en la exterioridad de una retórica descriptiva y aérea, o, más generalmente, hundirse en un subjetivismo desaforado. Para peor,

y viceversa; y ambos términos se

constituyen en el acto de conocer.

estas tentaciones peligrosas corren el riesgo de quedar atrapadas en las redes del mero artificio verbal. De donde, en primer lugar, debe anotarse como un acierto en la poesía de Fernández Moreno su ajuste expresivo: esa sensación de lenguaje usual, cotidiano, casi pedestre, que muchos críticos han puesto de relieve; y que, no obstante, se da sobre una incuestionable riqueza idiomática de pura cepa española y un manejo muy diestro de las formas, suficiencias que no toman en cuenta para nada nuestras retóricas, tanto rural (gauchesca) como suburbana (lunfardo). Ese lenguaje, enraizado en su infancia santanderina, resistió incólume los embates del oropel modernista, e insólitamente resultó la expresión menos falsa, más cabal para nuestro ciudadano de Chascomús y Flores. Por otro lado y en forma correlativa, su temática se va conjugando al ritmo de su experiencia vital, sea en cuanto a las comprobaciones tangibles de su contorno o a las menos claras de los sucesos íntimos. Una mirada estadística quizá insista en destacar la capacidad de descripción objetiva; una que se pretenda menos tosca pondrá de relieve la existencia de varios elementos netamente subjetivos. Esos extremos no son la voz de Fernández Moreno, su tono más personal, su tono verdadero; tono de confesión contenida y a media voz: riqueza de penumbra; entre la enceguecedora luz y la plena oscuridad están las cosas. Al celebrar la aparición, un cuarto de siglo después, de Las iniciales del misal, Borges decía que en ese libro "está prefigurado lo esencial de Fernández Moreno. La percepción genial del mundo exterior, la economía verbal, pero también la carnalidad, la amargura". Mejor que "también", podría decirse "a la vez". Es precisamente esa búsqueda y logro del equilibrio lo que conforma la mejor poesía de Fernández Moreno, y aun sus limitaciones.

www.ahira.com.ar



Baldomero Fernández Moreno y su hijo César.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ago

Bibliografía básica

La mejor y más completa Bibliografía de Fernández Moreno es la que prepararon sus hijos César y Manrique (Guías bibliográficas, núm. 5; con un Apéndice por Horacio Jorge Becco; Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1961, 106 pp.).

SOBRE EL AUTOR

Banchs, Enrique: "Discurso en el sepelio de Fernández Moreno". Boletín de la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires, tomo XIX, núm. 73, julio-setiembre, 1950.

Borges, Jorge Luis: "Veinticinco años después de Las iniciales del misal". El Hogar, Buenos Aires, 14 de abril de 1940. (Reproducido en Versos de Negrita. Buenos Aires, Deucalión, 1956; junto con una carta de 1914 de Juan Pedro Calou a Fernández Moreno.)

Carilla, Emilio: "Fernández Moreno. Una autobiografía lírica". Cuadernos hispanoamericanos. Madrid, núms. 27 y 31, 1952; ampliación en Sarmiento. Tucumán, núm. 1955; reproducido "con leves agregados" en Estudios de literatura argentina (siglo XX). Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1961, Cuadernos de Humanitas, núm. 6.

Díez-Canedo, Enrique: "Unidad de Fernández Moreno". Letras de América. Estudios sobre las literaturas continentales. México, El Colegio de México, 1944.

Fernández Moreno, César: Introducción a Fernández Moreno. Buenos Aires, Emecé Editores, 1956. (Obra de consulta indispensable.)

Id.: "Correo entre mis dos padres". Mundo nuevo. París, núm. 19, sección Testimonios, enero 1968.

Id.: "Prólogo" a Las cien mejores poesías de Fernández Moreno. Buenos Aires, EUDEBA, 1961; Serie del siglo y medio, núm. 22. (Resume apretadamente los principales conceptos de la Introducción a Fernández Moreno.)

Id.: La realidad y los papeles. Madrid, Aguilar, 1967.

Gálvez, Manuel: Recuerdos de la vida literaria. Buenos Aires, Hachette (Edit.), Colección El pasado argentino. Varias referencias a B. F. M., particularmente en el tomo II (En el mundo de los seres ficticios, 1961, pp. 87-91) y en el IV (En el mundo de los seres reales, 1965, pp. 235-37).

Giusti, Roberto F.: "Fernández Moreno". Nosotros. Buenos Aires, núm. 99, julio 1917; reproducido en la primera serie de Crítica y Polémica. Buenos Aires, 1917, y en sus Ensayos, edición fuera de comercio. Buenos Aires, 1955.

Ibarguren, Carlos: "Recepción a Fernández Moreno". Boletín de la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires, tomo III, 1935; reproducido en Discursos académicos, tomo I, 1945.

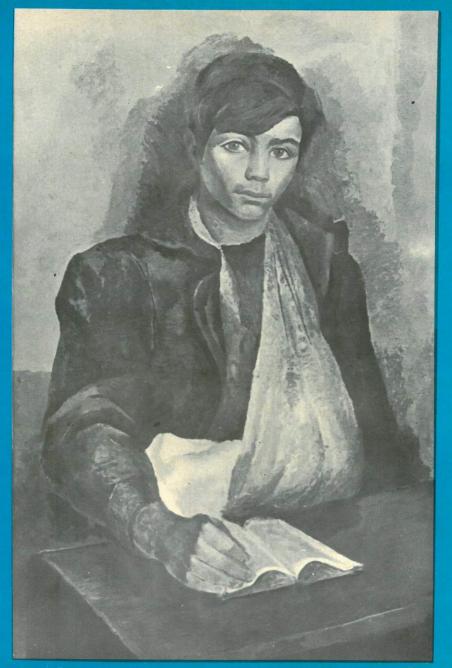
Lugones, Leopoldo: "Otro poeta". *La Nación*. Buenos Aires, 28 de diciembre de 1916.

Martínez Estrada, Ezequiel: "Fernández Moreno". Nosotros. Buenos Aires, 2ª época, año VI, tomo XIV, núm. 64, julio 1941.

Méndez Calzada, Enrique: "La obra poética de Fernández Moreno". Nosotros. Buenos Aires, tomo XX, núm. 206, 1926.

Ostrov, León: "Veinte años de poesía: Fernández Moreno". Nosotros. Buenos Aires, 2ª época, tomo I, núm. 5, 1936.

Vanasco, Alberto: "En torno a la poesía de Fernández Moreno". *Marcha*. Montevideo, núm. 945, 23 de enero de 1959.



Joven Listado. - Line Eneas Spilimbergo (Museo Municipal de Artes Plásticas "Eduardo Sívori")
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este fascículo, con el libro POESÍA Y PROSA, de Baldomero Fernández Moreno, constituye la entrega Nº 36 de CAPITULO Precio del fascículo más el libro \$ 150.-

Todas las semanas

le ofrece la más moderna e ilustrada HISTORIA DE LA LITERATURA

y una obra completa y representativa de la **ARGENTINA**

BIBLIOTECA ARGENTINA Estas son algunas de las obras importantes que publica CAPITULO:

FUNDAMENTAL

La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga Martin Fierro - J. Hernández

El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar El matadero y La cautiva - Echeverría

Amalia - Mármol Facundo - Sarmiento Una excursión a los indios ranqueles - Mansilla Santos Vega - Ascasubi La gran aldea - Lucio V. López

Juvenilia - M. Cané Sin rumbo - Cambaceres Antología de la prosa modernista La gloria de Don Ramiro - Enrique Larreta Los gauchos judios - Alberto Gerchunoff Raucho - Ricardo Güiraldes Florida y la vanguardia Un guapo del 900 - Samuel Eichelbaum Boedo y el tema social Sala de espera - Eduardo Mallea Informe sobre ciegos - Ernesto Sábato

CAPITINO

todo el país a través de toda su literatura